
CAPÍTULO III.

El Koran. — Gran pensamiento que preocupa á los Turcos desde su origen. — El Koran no es un código suficiente. — Decadencia y sus causas principales. — Vacíos en la legislación, falta de instituciones, poligamia y esclavitud. — Influencia de los ulemas. — Reformas iniciadas. — Los derswiches y sus monasterios. — Barrera formidable que necesita salvarse para obrar una regeneracion en la Turquía. — ¿Qué juzgan hoy del islamismo sus creyentes? — Religion material del pueblo.

Del fondo del Asia salia á principio del siglo séptimo un hombre atrevido, imponiendo con las armas en la mano una nueva fe á las tribus de la Arabia y á las familias errantes del desierto. Declarándose profeta y enviado de Dios, probó su mision con patrañas bien fáciles de presentar con aire de verdad á hombres bárbaros y supersticiosos por naturaleza y por instinto. Á los dogmas esenciales de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma añadió la promesa de un paraíso lleno de goces carnales, y propio para halagar la sensualidad que distingue á los indígenas del Oriente. El fatalismo, enseñado con todas las consecuencias espantosas que encierra su doctrina, auxilió eficazmente la conquista, y los afiliados en la nueva fe se hicieron distinguir de las demas naciones por la marca de la circuncision. Con esta y las abluciones halagó el nuevo profeta á los judíos, así como á los paganos con ciertos sacrificios en ocasiones solemnes, y á los cristianos con la limosna, el ayuno y la oracion. La poligamia quedó autorizada, é investido el hombre de un poder absoluto y tiránico sobre sus consortes, los derechos de la mujer perecieron; quedando condenada esta á figurar solo en el largo rol de la esclavitud doméstica sancionado por la

fe del Alcoran. Pero Mahoma, sin ser mas profeta que tantos impostores que con talento superior explotaron en diferentes siglos la credulidad ignorante de los pueblos, ni era legislador, ni era político; así es que el código que dió á sus afiliados estuvo muy léjos de llenar las necesidades del gran pueblo que iba á regirse por sus instituciones. Un pensamiento sí que inspiró en aquella multitud de tribus que reunia su espada, una idea que llenaba de ardor entusiasta á hombres que no conocian mas que las costumbres bárbaras de la Arabia y del Kurdistan: la dominacion universal. Ya la Arabia habia caido toda bajo el dominio de Mahoma, ya sus sucesores hacian pesar su yugo sobre las mas bellas provincias del Asia, ya el imperio bizantino habia desaparecido, y el pabellon de la Creciente tremolaba en las fortalezas donde poco há se ostentara el sacro estandarte de la Cruz. La débil resistencia opuesta por los Griegos á la pujanza otomana no tardó en convertirse en verdadera esclavitud, y Polonia, Venecia y Alemania temblaron amenazadas por Selim y Bayaseto. Una multitud que se creía llamada por Dios para dar leyes al mundo, y obraba bajo la impresion de un paraíso que se le abria muriendo en la ejecucion de tan gloriosa empresa, no era á la verdad fácil de ser contrarestada; mas esta muchedumbre que pasara victoriosa su bandera desde el norte del Asia hasta el mediodía de la Europa sentia debilitarse sus fuerzas á la vez que se alejaba del teatro de sus primeras conquistas. Ese fanatismo que encendieran en el pecho musulman las promesas del profeta, dejaron de entusiasmar, á medida que sus creyentes perdieron la fe, á medida que las faltas de su código se hacian mas notables en presencia de las necesidades, y á medida que su religion, sus costumbres y su política principiaron á experimentar el rechazo uniforme y constante de las naciones europeas.

Considerado atentamente el Alcoran, se echan de ver aquellas faltas: nada hay en él escrito relativamente á administracion, ni nada en orden al derecho civil ni penal. Mas

á pesar de todo esa reunion de disposiciones llovidas sucesivamente del cielo, cual fecundo rocío, como pretendió Mahoma, es lo único que interesa saber al musulman. « Todo lo que no se registra en ella es enteramente inútil y profano; » y bajo el imperio de esta fe obraba un célebre califa cuando hacia quemar la preciosa biblioteca de Alejandria, depósito de todos los tesoros de la erudicion griego-romana. El Sunnah completa el Alcoran recogiendo en un cuerpo las leyes tradicionales que tuvieron su origen en palabras y hechos atribuidos á Mahoma, y en las decisiones dadas por los califas, sus primeros sucesores. Él ha sido comentado por los doctores musulmanes, y cuando el texto y sus comentarios no están de acuerdo, el scheislan y los ulemas reunidos consultan el Alcoran, y resuelven segun su espíritu. Del mismo defecto de que adolece aquel se resienten tambien los demas libros escritos bajo sus inspiraciones, y esta falta de un código perfecto es sin duda una de las causas principales que comenzaron á preparar la decadencia del imperio formado por el fervor de los primeros creyentes del profeta.

La ausencia total de instituciones no ha influido ménos en su ruina, abriendo paso á los vicios que hacen decaer las monarquías mas poderosas, así como las repúblicas mas florecientes. Las buenas instituciones son el alma de los pueblos, realizan el cultivo de sus individuos, purifican sus costumbres, y dan solidez á las creencias, que ordinariamente vemos impulsándoles en el camino glorioso de las reformas. Nada de esto existe en Turquía, ántes por el contrario, á mas de aquella imprevision de las leyes y de la ausencia total de instituciones, la pluralidad de mujeres, la esclavitud y la mala administracion de justicia la arrastran á su dissolution. El Alcoran permite á cada uno de sus afiliados desposarse con cuatro, y esta mala aplicacion de las costumbres patriarcales produce el abatimiento de la mujer, la priva de sus derechos, introduce la rivalidad en el seno de la familia, é inspira enemistades entre sus individuos. Los que

han creído ver en la esposa cristiana un ser degradado desde que se la somete al cuidado y jurisdicción del marido, forjaron á esta en el tipo de las musulmanes : no encontraron diferencia entre la dignidad que da á aquella el Evangelio, declarándola en todo igual á su esposo, recomendándola al respeto, al amor y á la fidelidad de este, y declarando que no es su sierva sino su compañera; y la prisión estrecha, el trato degradante y la falta absoluta de representación en que la constituye el Alcorán. No sé cómo calificar una pretensión tan absurda, y que nada prueba sino, ó mala fe, ó ignorancia suma de parte de sus autores. Penétre quien pueda los palacios de los ricos ó las habitaciones de los pobres, é indague cuál es la suerte de la mujer musulman: bien sea que la fortuna la haya elevado hasta colocarla al lado de un hombre de primer rango, ó bien pertenezca á otra esfera ménos elevada, en uno y otro caso su condición será igual; para ella no existe la sociedad, su voz en el hogar doméstico se pierde entre otras muchas, y su nombre mismo se confunde con el de cualquiera persona empleada en el servicio del jefe de la familia. Alternando con sus compañeras de infortunio, que son sus verdaderas rivales, rodeada de siervos que dividen también con ella las atenciones y el amor de su marido, y sometida á una rigurosa vigilancia; esa mujer es un esclavo que encerrado en el recinto de su casa arrastra una existencia penosa, sin encontrar consuelo de ninguna especie que le compense sus continuos sinsabores.

La esclavitud no es ménos disolvente para la sociedad que aquella degradación lo es para la familia: esos millares de individuos sin voluntad ni representación propia que se mueven á la voz de un amo, no son los que pueden contribuir á la conservación ni ménos al progreso del Estado. Salidos de las provincias abrasadas de la Nubia ó de las regiones más lejanas de la Arabia Petrea, vendidos luego á un rico por unas pocas piastras, son empleados en el trabajo de sus propiedades ó en el cuidado de sus asnos y de sus came-

llos. Un motivo cualquiera le hará mudar de dueño, pues sigue la suerte de las cosas, ni más ni ménos que los demás muebles que constituyen la propiedad de su señor. De dominio en dominio él atravesará quizá todas las provincias del imperio, probará en ellas toda suerte de condiciones, experimentará todos los grados del infortunio; y terminará su carrera del mismo modo que la principió, sin haber sido jamás dueño de su voluntad, ni salido de la condición humillante que le igualaba con los brutos animales. Muchas veces he reflexionado sobre la desgracia que preside la suerte de estas criaturas, y especialmente cuando observando el trato que reciben de sus amos, veía puesto de relieve y en grandes proporciones todo el horror de la degradación humana. Esos hombres que cargados con el ajuar doméstico marchan por los valles de la Siria ó por las soledades del Egipto revueltos con las bestias, trasportándolo de un punto á otro; esos hombres desnudos totalmente que bajan de la Nubia amontonados en el seno de una embarcación sin cobertor que les defiende de un sol quemante; esos hombres encerrados, en fin, en los depósitos que existen en casi todas las grandes capitales de la Turquía, revueltos sin diferencia de sexo, y que son exhibidos por sus guardianes á los compradores del mismo modo que un efecto en el mercado, y cuyas propiedades se publican con ofensa del pudor y de la moral y con insulto de la naturaleza misma; todos esos, repito, á nada pueden contribuir sino á labrar la ruina social, aumentando el número de los seres infelices que maldicen con su existencia la mano que les oprime. Algunos hechos que hemos presenciado y vamos á puntualizar más tarde, manifiestan bien hasta dónde llega la extensión de estas dos esclavitudes que autoriza el Alcorán. Mientras tanto esa servidumbre espantosa que soportan estos disidentes del cristianismo, será uno de los vestigios numerosos que encontramos todavía en Asia, África y América del pesado yugo que oprimió la raza humana, hasta que el Evangelio vino á redimirla.

Cuando vamos á numerar la influencia supersticiosa de los ulemas como otra de las causas de la postracion del imperio otomano, no entendemos por este cuerpo solamente á los encargados del culto, pues que, propiamente hablando, no hay algunos que tengan solo esta incumbencia entre los mahometanos, sino la multitud de tólogos, jurisconsultos y profesores de colegio, en cuyas manos han venido á reunirse el poder para explicar el Alcoran y el encargo de instruir la juventud; circunstancia que les da una influencia poderosa sobre el pueblo, y que en diferentes ocasiones han sabido bien emplear en provecho de sus propios intereses. Unidos los ulemas alguna vez con los genizaros, suscitaron al poder obstáculos hasta derribarlo: mezclados casi siempre en la política, su voz se alza constantemente contra las innovaciones, por imperiosas que sean las circunstancias que las exijan; y en fin no se prestan sino con disgusto á todo lo que puede contribuir á levantar su sociedad de la postracion en que la tienen sumida la ignorancia y el fanatismo. Las disposiciones mas oportunas de los sultanes han fracasado en esta barrera formidable, y mas de una vez vió la nacion al gran sultan resignar su poder, por exigirlo así los ulemas apoyados en la firme resolucion de un pueblo decidido á hacerlos respetar, como intérpretes de la voluntad de su profeta. Abdul-Mejild ha sido quizá el primero que sostuvo sus reformas con energía que le hace honor; pero tambien es verdad que él contaba con apoyo de ejércitos extranjeros, que supieron sofocar desde sus primeros síntomas la irritacion que aquellas medidas excitaban en el cuerpo de los ulemas, propagándose por la multitud infinita de sus adictos. Destierros, cambios y arrestaciones numerosas en el personal de los puestos mas elevados entre aquellos fueron necesarios entónces (1) para apagar la chispa que, salida del santuario, amenazaba incendiar todas

(1) Á principio de 1854.

las provincias de un imperio minado ya por todas partes.

Los ulemas, segun su rango, tienen mayor ó menor representacion en la sociedad, el scheislan los preside, y á él toca, por derecho que le da la tradicion de muchos siglos, ceñir la espada al soberano el dia de su inauguracion en el trono, á él aconsejarle en los mas arduos negocios del Estado, y á él sellar la interpretacion dada á los difíciles puntos de la ley. Sus *felfas* ó decisiones son ejecutadas ciegamente, y tienen tambien fuerza de ley. En los primeros tiempos del islamismo, quien subia á este alto puesto era inamovible, concediéndose solamente á personas de la familia imperial. Los rangos inmediatos al gran muftí ó scheislan los ocupan las altas dignidades de la magistratura, y los siguientes los que dirigen la instruccion pública. Las diversas circunstancias que ha atravesado el imperio turco causaron graves alteraciones en estas dignidades. Hoy todo su personal es amovible, y pende de la voluntad del sultan. Los ulemas se distinguen ordinariamente por su traje blanco y un turbante tambien blanco, están siempre al lado de los que gobiernan, y sirven como de mediadores á cuantos pretenden alcanzar justicia de los grandes potentados. Pero el cuerpo de ulemas ha perdido mucho de su influencia despues de aquellas severas providencias, y la Europa ha visto iniciarse para la Turquía una época de reformas importantes, y que si se llevan á cabo, preservarán al Estado de su ruina total. El islamismo no puede sostenerse sino mientras subsistan sumidos en la ignorancia los pueblos que lo abrazaron, mientras una legislacion intolerante le preste su auxilio, y mientras, en una palabra, la cualidad de ciudadano turco esté identificada por las leyes con la de creyente mahometano; pero apenas llegue á faltarle estos elementos, entónces veremos desaparecer la fe del profeta, del mismo modo que los gruesos nubarrones de primavera se deshacen heridos por los ardientes rayos de un hermosísimo sol. Algunos viejos creyentes, para quienes es delito todo cuanto en-

vuelve novedad, conservarán en relieve las viciosas y ridículas formas del islamismo; pero ellos pasarán también, y del Alcoran poco despues nada se conservará fuera de su nombre y de sus leyes guardadas fielmente por la historia. La marcha de los sucesos nos autoriza para pensar de esta manera: comparando lo que pasaba ahora medio siglo en el territorio musulman con los acontecimientos que se realizan delante de nuestros propios ojos, no podremos dudar que la época de regeneracion ha llegado para la Turquía, así como que los obstáculos que la impedian principian poco á poco á removerse. Ya los seminarios que erigidos á la sombra de las mezquitas recibian á los jóvenes de mas adelantadas disposiciones para instruirse en el cuerpo del derecho y en las tradiciones religiosas, cuentan solo individuos de la clase pobre ó hijos de los mismos ulemas que los presiden: el cristianismo, objeto de rabia para la multitud, ha llegado á ser mirado con tolerancia por unos y con indiferencia por otros; una infinidad de pobres corre cada dia á las dispensarias y casas de caridad en Constantinopla, Alepo, Smirna, Beyrouth, Jafa, Damasco, Alejandría, Jerusalem, y en fin en todas las populosas ciudades del imperio para ser curados de sus enfermedades por las religiosas: estas son recibidas como ángeles tutelares en todas partes, y para ellas están abiertas no solo las habitaciones de los ricos, sino los palacios mismos del soberano, donde son llamadas para dispensar su ministerio de hacer bien. Los misioneros, que desplagan una caridad incomparable en medio de las epidemias, y corriendo las campiñas y los pueblos derramando sobre hombres de cualquiera creencia los consuelos que demandaba su situacion, son condecorados con la medalla de honor que los sultanes reservan para premiar los servicios mas señalados rendidos á la patria. La procesion del *Córpus* recorre las calles de Pera con toda la pompa de sus ceremonias, y escoltada por una guardia de honor; los templos y sus ministros son respetados religiosamente,

y los cementerios mismos para sepultar á los cristianos gozan de privilegios que las leyes reservaban para los adoradores del profeta. Estos hechos anuncian una revolucion verdadera, sino en todas las provincias del imperio, al ménos en las mas importantes, y desde donde ese movimiento, tomando cada dia mayores proporciones, se propagará hasta los pueblos mas interiores y remotos. Los que esperan de la Rusia salvacion para la Turquía, poniendo la tolerancia que acreditan estos hechos frente á la opresion que mortifica á los disidentes del cisma griego en los vastísimos Estados del zar, podrán decirnos si la intolerancia moscovita ofrece mejores garantías á la causa de la civilizacion que aquella libertad que bajo la dominacion de los sultanes gozan hoy en Turquía los hombres de toda religion.

Por las calles de las ciudades, por los mercados y los campos se encuentran con frecuencia ciertos hombres vestidos de pieles de animales y descalzos: su barba larga y su fisonomía pensativa les da cierto aire misterioso que pudiera recordar la edad de los profetas. Estos hombres son los *derswiches*, reputados como los monjes de la religion mahometana. Desde Konich ó Iconio (1) donde tuvieron su principio, se han derramado en todas las provincias dominadas por el islamismo. Su nombre de *pobres* les recomienda á sus creyentes, y por su profesion deben ocuparse de la enseñaza de su ley, y de recoger limosnas para fomentar su congregacion. En su origen los *derswiches* pertenecieron todos á una misma familia religiosa, mas hoy se encuentran divididos en diversas sociedades, que haciéndose graves cargos unas á otras, son rivales y enéimigos entre sí. Se diferencian en sus trajes: unos pretenden ser mas observantes que los demas, y los hay quienes atraviesan desnudos provincias enteras, afectando una pobreza y austeridad de costumbres asombrosas. La generalidad de los mahometanos venera á los *derswiches*, pero

(1) Ciudad de la Caramania en la Turquía de Asia.

no la clase rica, ni ménos los que pasan por ilustrados: todos estos los desprecian y les cierran las puertas de su casa, dándoles los epítetos de impostores y corrompidos. Ignoro si la mayoría de estos hombres merecerá ó no apodos semejantes; lo que sé es que habiendo hecho á Dios voto de pobreza y castidad se les ve correr tras del dinero, castigar con azotes y con fuego su cuerpo por una cantidad pactada, y abusando de la hospitalidad, cometer en la casa de sus huéspedes hechos que ofenden á la pureza prometida. Tambien son muy conocidas las supercherías de que se valen para deslumbrar con hechos que sorprenden á un vulgo ignorante y crédulo, que llama *milagro* lo que no le admiraría si pudiese penetrar los secretos de la impostura; y en fin, los artificios de que se valen para procurarse la veneracion de los devotos, hoy ya son generalmente conocidos de los Europeos en los países orientales (A). Siempre memorables serán las providencias tomadas por el general Ibrahim-Pachá para reprimir las imprudencias de los *derswiches*. La época de sus conquistas es la de su decadencia, pues que los persiguió de muerte como corruptores de la moral del pueblo. Á mí me repugnaba la fisonomía de esos hombres desnudos, y que llevando algunos envuelta en el pescuezo una larga culebra, que crian desde pequeña, persuaden al pueblo que las bestias feroces se someten á su voz. Meca y Medina, ciudades santas de los musulmanes, lo son á la vez de los *derswiches*: allí van estos á terminar su carrera, después que han adquirido algun dinero y completado un número determinado de años de profesion, y allí sobre el sepulcro del profeta les encuentra el decreto del cadí de la Meca, que les declara santos, perfectos y obradores de milagros. Estos hechos tan repugnantes manifiestan bien por sí solos que la Turquía, abierta como hoy va á estar para todas las naciones, recibiendo en su seno una multitud de Europeos que la cruzarán en toda direccion, y teniendo sus habitantes libertad para abrazar la fe que encuentren mas conforme con sus convicciones, no podrá per-

manecer mas tiempo en ese estado de degradacion que tanto repugna á los principios y á la doctrina de la moral. Los que viven explotando las preocupaciones de los pueblos lucharán decididamente contra los elementos de ilustracion, excitarán la fe de sus creyentes, harán frecuentes llamamientos á la conciencia de la multitud, amenazarán la autoridad con voces destempladas, y predicarán quizá la rebelion contra el poder legítimo; pero todo esto no será mas que el síntoma de su disolucion. ¡ Desgraciada la autoridad que con conciencia segura de hacer el bien deje intimidarse por gritos hijos del interes individual, y retroceda en la realizacion de sus propósitos benéficos! ; pero mas desgraciado aun el pueblo que sintiendo sobre sí el peso molesto de hombres que le sacrifican se empeñe en mantenerlos, consintiendo que á su nombre se embarguen las providencias oportunas de la administracion resuelta á perseguirlos! Este es sin embargo otro de los obstáculos que en la Turquía se opone á la accion del verdadero bien destinado á regenerarla.

La pena capital sancionada por el Alcoran contra los desertores de su ley no puede subsistir sino sostenida por la accion de congregaciones y de individuos de la naturaleza de los ulemas y de los *derswiches*. El mahometano que estimulado por las inspiraciones de su entendimiento y de su corazón se resuelve á cambiar de fe, necesita decidirse al mismo tiempo á abandonar su patria, sus propiedades, sus amigos y parientes, pues que la ley del profeta á ningun apóstata de sus creencias permite vivir entre los fieles. De esta injusticia monstruosa son adherente necesario las disposiciones relativas á los súbditos del sultan nacidos en el cristianismo: su falta de personería para acusar ó demandar en los tribunales á un mahometano, su inhabilidad para ser nombrado juez ó componedor en cualquiera ocasion, y aun para ser aducido en juicio como testigo. Cuando esta barrera formidable se haya salvado, cuando ese mismo gobierno que inició ya las vitales reformas que pedia la situacion del país la haya removido,